

cos no permitía sacar cantidad alguna de las tesorías, cediese el rey á los arzobispos de Toledo el dominio de la ciudad de Oran en indemnización de la deuda, que él y sus sucesores renunciarían. Sometido el asunto al consejo, el rey, después de oídos diferentes pareceres, reconoció al fin la justicia de la reclamación; pero antes de satisfacer el crédito mortificó al cardenal con graves pesares, cuales fueron el de enviar un comisario régio á visitar su palacio para que examinara su menaje y viera si se había aumentado con el saco de Oran, y el de despachar comisionados por los lugares de su diócesis, con encargo de hacer presentar á los soldados los esclavos y cualesquiera otros objetos que de África hubiesen traído.

Cisneros con su grande alma sufría todas estas mortificaciones sin proferir una sola queja y sin alterarse su espíritu. Representábase los ejemplos de los dos grandes hombres que tenía delante, Cristóbal Colon y el Gran Capitan, y de sus mal pagados servicios, y aguardaba tranquilo y sin impacientarse la resolución del rey. Por último determinó este satisfacerle sus anticipos; el cardenal le dió las gracias, y sin mostrar resentimiento por la conducta de su soberano, siguió respetándole y sirviéndole como antes (1).

Aunque desde el regreso de Cisneros á España parece que el gobierno y administración de lo de Oran no se manejaba con la mayor pureza ni economía, segun las quejas que por acá llegaron y que Cisneros expuso al rey, diéronse sin embargo las providencias oportunas para que, remedios aquellos males, se prosiguiese la empresa y conquista de África bajo la dirección del conde Pedro Navarro, que no era un hombre político, pero era un guerrero brioso y emprendedor. Enviáronse auxilios de hombres y dinero, con los cuales emprendió y llevó á cabo en poco tiempo la conquista de Bugia, ciudad marítima de la antigua Numidia perteneciente al reino de Argel (enero, 1510). Con la nueva de este triunfo vino á España el capitán Diego de Vera, y á consecuencia de este suceso se presentaron los jeques de la ciudad de Argel en Bugia á hacer su sujeción al Rey Católico de España ante el conde y capitán general de África Pedro Navarro (2). Á su imitación el rey de Túnez se declaró también vasallo y tributario del rey, segun antes había ya prometido, obligándose á venir á las cortes siempre que el rey le llamase, á poner en libertad todos los cautivos cristianos que había en su casa y reino, y á darle en rehenes su propio hijo. Siguió su ejemplo, aunque con alguna mas repugnancia, el rey de Tremecen. Las condiciones con que estos reyes y ciudades le juraban vasallaje al Rey Católico eran muy parecidas á las que años antes habían estipulado los moros de Granada.

Dirigióse luego Navarro con todo su ejército y armada sobre Tripoli, una de las ciudades marítimas mas fuertes de

(1) Tenemos á la vista las cuentas de los gastos hechos por Cisneros en la expedición y conquista de Oran, copiadas de las originales que existen en el Archivo de Simancas (Contadurías, 1.ª época, leg. núm. 201). Pondremos aquí solamente el *Sumario general* con que concluyen.

Flete de navíos.	5.957,930	(mrs).
Sueldo de gente de á pié.	9.836,276	1/2
Sueldo de gente de á caballo.	906,079	1/2
A personas particulares, que han de dar cuenta de ello al Rey.	5.797,273	
De bastimentos.	7.123,449	1/2
	29.621,008	1/2

Y con lo que se gastó hasta que salió la gente de Oran á Bugia con el general Pedro Navarro, segun otra nota posterior, parece montó todo la suma de 30.659,839 1/2

Es muy extraño que Prescott en su Historia de los Reyes Católicos no haya dicho nada de este y otros incidentes, que además de su importancia, son tan propios para dar á conocer el carácter del monarca y el del prelado.

(2) Zurita, en la Historia del Rey don Hernando, lib. IX, c. 2, trae los términos de esta capitulación, que empieza: «A Gloria y loor del nombre Santísimo de nuestro Redemptor Jesu Christo... etc.»—Bernaldez, Reyes Católicos, c. 222.—Alvar. Gomez, *De Rebus gestis*, lib. IV.

Berberia. La resistencia que allí hicieron los moros fué vigorosa y obstinada: se peleó por una y otra parte con tenacidad y hasta con desesperación: asaltada la ciudad, no hubo torre, ni mezquita, ni casa, ni plaza, ni calle en que no se combatió á muerte, siendo los caballeros y nobles cristianos los primeros en el peligro y muriendo muchos de ellos, pero haciendo tal mortandad y estrago en los moros, que puede decirse que apenas quedó uno solo con vida (26 de julio, 1510). Repartiéronse entre los soldados los despojos de aquella ciudad rica, pero arruinada. El rey Fernando, que se hallaba en Monzon celebrando cortes cuando recibió la nueva de esta conquista, tuvo intencion, y así lo declaró, de pasar á Africa en persona á proseguir aquella empresa, pero detenido por otras atenciones, envió á don Garcia de Toledo, hijo del duque de Alba, con nueva armada y ejército, á fin de que continuase las conquistas por el interior de Berberia, y pudiese el conde Navarro atender á lo de la costa.

En mal hora, y para mal suyo y sentimiento general de España arribó el intrépido y fogoso don Garcia de Toledo á Bugia y á Tripoli con los siete mil hombres que constituían su ejército, al cual volvió incorporado el capitán Diego de Vera. Era en ocasion que Pedro Navarro había tratado de someter al dominio de España la isla de los Gelbes, la mayor y mas principal de aquella costa, aunque poco poblada, de terreno arenoso y estéril, y llena solo de bosques, palmeras y olivos. Mas como el jeque que la gobernaba se hubiese mostrado resuelto á defenderla, y cuando ya Navarro había embarcado su gente para invadir la isla, incorporóse don Garcia de Toledo con la mayor parte de la suya, componiendo entre todos un total de doce mil hombres. Desembarcaron, y se internaron en tierra, sin que de la torre que defendía la isla ni de otra parte alguna les saliera nadie al encuentro, lo cual no era extraño, porque de los doce mil habitantes que aquella tendria, apenas contaba el jeque con unos ciento y veinte jinetes armados y en disposicion de pelear. Don Garcia de Toledo había pedido ir delante, y el conde Navarro condescendió con su deseo, dándole las mejores compañías y los soldados mas escogidos y mejor armados. Era el 28 de agosto (1510), y hacia un sol tan abrasador que el aire parecia que ardia y la arena del suelo los quemaba. Fatigados, abrumados y medio muertos del calor, de la fatiga y de la sed, desmandáronse con el ansia de apagarla al divisar unas palmeras donde había algunos pozos de agua dulce junto á unas casas destruidas. Cuando los soldados se ocupaban con afán en sacar agua de los pozos, los moros, que se hallaban á corta distancia y observaron lo desordenados, desmayados y sin aliento que iban los españoles, dieron sobre ellos de rebato, y aunque la mayor parte era gente de á pié y sin armas y solo había unos setenta armados y á caballo, arremetieron con tal furia, y fué tal el espanto que se apoderó de los nuestros, que muy pocos tuvieron ánimo para hacerles frente. Fueron de estos pocos don Garcia de Toledo y los capitanes que le acompañaban, mas su esfuerzo y su valor no les sirvió sino para pagar los primeros su imprudente temeridad de penetrar en aquellos abrasados desiertos, cayendo acuchillados por los infieles.

Los cristianos fugitivos, al salir de entre las palmeras, encontraron ya en el llano hasta cuatro mil moros: creció con esto su aturdimiento, soltaban y arrojaban en la arena las armas que apenas podían sostener, atropellaban á los escuadrones que habían quedado detrás, y todos huían espantados, sin que apenas bastaran los esfuerzos del conde y de algunos caudillos á contener algun tanto el desorden y hacer que no fuera tan completo el estrago. Muchos sin embargo sucumbieron de ardor y sed, otros se ahogaron en el mar por la prisa de querer ganar las galeras, y hasta el mismo Navarro, tan valeroso y esforzado en otras ocasiones, participando de la general perturbacion, fué de los primeros que procuraron embarcarse. Entre muertos y cautivos quedaron aquel dia en los arenales de los Gelbes hasta cuatro mil españoles, y siendo entre todos doce mil, y poco mas de un centenar los moros armados, se dejaron arrollar de aquella manera tan desastrosa; bien que el clima suplió al número y á las armas enemigas, y la imprudencia y temeridad de penetrar en tal estacion

y sin precaucion alguna en tan áridos, pobres y ardientes desiertos quedaron bien expiados (1).

Tal fué la desastrosa y lamentable jornada de la isla de los Gelbes. Navarro envió á España al valeroso Gil Nieto y al maestre don Alonso de Aguilar para que comunicaran al rey la nueva de tan triste suceso. Sus consecuencias no fueron menos lastimosas (2). Los elementos parecia haberse conjurado contra las naves españolas en el mar como contra los hombres en los arenales de la isla. Furiosos temporales dispersaron las galeras de los que se habían embarcado en el puerto de los Gelbes, y unas volvieron al puerto, y las mas corrieron la via de las costas de Sicilia. Navarro, después de dejar por órden del rey á Diego de Vera la guarda y defensa de Tripoli, y de despedir los navios que ganaban sueldo, con tres mil soldados enfermos y malparados (setiembre), corrió con algunas naves la costa entre los Gelbes y Túnez, pero una deshecha borrasca le puso á punto de perderlas todas: tres de ellas se abrieron, y otras fueron á parar á la isla de Malta (octubre, 1510), y el conde tuvo que limitarse á pasar el invierno donde mejor pudo con los restos de la armada (3).

El contratiempo de la isla de los Gelbes detuvo el progreso de las armas españolas en Africa durante el reinado de Fernando V de Castilla, y fué también como el término de la gloriosa carrera militar del conde Pedro Navarro, aquel soldado brioso, pero áspero y rudo, á quien por desgracia hallaremos todavía despues, faltando á la fidelidad debida á su patria y á su rey.

CAPÍTULO XXV

La liga de Cambray

DE 1508 Á 1513

Quiénes y con qué objeto formaron la liga.—Bases del convenio.—Guerra de los confederados contra Venecia.—Conducta de cada príncipe.—Reclábase el papa del francés, y proyecta echarle de Italia.—Partido que saca el Rey Católico de estas desavenencias.—Intenta Fernando establecer la Inquisición en Nápoles.—Oposicion que encuentra en la capital y en todo el reino.—Alborotos; protestas enérgicas: peligros del inquisidor.—Desiste el rey de poner el Santo Oficio en Nápoles.—Otra liga llamada *Santa*.—Confederacion del papa, el rey de España y la república de Venecia contra los franceses.—Guerra.—Célebre batalla de Rávena: derrota de los aliados: muerte del duque de Nemours.—Consecuencias de esta batalla: nuevas combinaciones: decadencia de los franceses en Italia.—Carácter del papa Julio II.—Proyectos del pontífice contra el Rey Católico.—Tregua entre Fernando y Luis XII.—Batalla de Novara entre franceses y suizos.—Apuro en que ponen los españoles á Venecia.—Gran triunfo de las armas españolas en Vicenza.—Ultimos resultados de la liga de Cambray.

Al tiempo que estos sucesos pasaban en Africa, otros asuntos exteriores ocupaban la atencion del Rey Católico, como

(1) Llevado el cadáver de don Garcia de Toledo á poder del jeque, escribió este despues de algunos dias al virey de Sicilia don Hugo de Mondaca, que habiendo sabido que aquel gran señor que allí había muerto era pariente del rey de España, le había puesto en una caja y le tenía guardado para que dispusiesen de él. Don Garcia de Toledo era hijo mayor del duque de Alba, y padre del que despues se hizo tan famoso en el reinado de Felipe II.—Zurita, Rey don Hernando, lib. IX, c. 19.

(2) Sandoval da algunos curiosos pormenores de la fatal jornada de los Gelbes. Lamenta el descuido de no haber llevado pan ni agua. Pinta el cuadro lastimoso que presentaban nuestros soldados por aquellos arenales, tirando unos de los carretones de la artillería, otros cargados de barriles de pólvora, otros con las balas á cuestas, y otros allanando el camino, y los jefes apaleándolos como á bestias para que anduviesen mas á prisa. Daban por cada trago de agua hasta veinte monedas de Tripoli, que llamaban tripolines. Pone las arengas de Pedro Navarro, describe la derrota y habla del refran que quedó en Castilla: *Los Gelbes, madre, malos son de ganare*. Hist. de Carlos V, lib. I.

(3) Gomez de Castro, *De Rebus gestis Ximenii*, lib. IV.—Bernaldez, capítulo 222.—Mártir, Epíst. 432 á 437.—Zurita, Rey don Hernando, libro IX, c. 19.

Sobre este tan importante y triste suceso, que produjo la suspension de la conquista de Africa, solo dice Prescott estas cortas palabras: «Con todo, en el mes siguiente sufrió (Navarro) un gran descalabro en la isla de los Gelbes, en donde quedaron muertos ó prisioneros cuatro mil de sus soldados.» Historia de los Reyes Católicos, tom. IV, c. 21.

consecuencias de la liga de Cambray, una de las confederaciones mas ruidosas que se han hecho entre las naciones, y de las mas notables por su objeto y circunstancias, la cual por lo mismo nos es fuerza dar á conocer.

El papa Julio II, deseoso de recobrar los estados y tierras de la Iglesia que la república de Venecia le había ocupado en las guerras anteriores, promovió una confederacion entre todos los príncipes que tenían quejas ó reclamaciones contra aquella república por despojos ó usurpaciones que les hubiese hecho. En este caso estaban la Santa Sede, el emperador y rey de Romanos, el rey de Francia como duque de Milan, y el de España como rey de Nápoles. Las gestiones del papa dieron por resultado la liga ó concordia entre los soberanos de estas potencias que se ajustó en Cambray, ciudad del norte de Francia, en 10 de diciembre de 1508. Las bases del concierto eran, que cada uno de estos príncipes para el 1.º de abril próximo había de invadir con ejército las tierras y señorío de Venecia, y que ninguno desistiera de la guerra hasta que se hubiesen recobrado y devuelto á cada soberano las ciudades que cada cual alegaba haberle usurpado los venecianos. Las que el rey de Aragon y de Nápoles señaló por su parte fueron cinco; Trani, Brindis, Gallipoli, Polignano y Otranto, empeñadas á la república por sumas adelantadas durante la última guerra. También se procuró incluir en la confederacion á los duques de Saboya y de Ferrara, al marqués de Mantua y al rey de Navarra; este no fué aceptado por el de Francia sino á condicion de declararse que entraba en ella solo por un año.

Lo notable de este célebre tratado de particion era que todas las potencias se hallaban en aquel tiempo en alianza y amistad con la república cuya desmembracion y distribucion se resolvía. Por lo mismo, y para encubrir la injusticia del objeto, se propalaba, y así lo expuso el papa en consistorio (enero, 1509), que aquella liga era una confederacion de los príncipes cristianos contra los turcos. Así lo aseguraban también las cortes de Francia y España á los venecianos, haciéndoles las mas amistosas protestas. Nadie mostraba ir de buena fe en este negocio: todos llevaban un segundo fin; y el papa llegó á entablar inteligencias secretas con los de Venecia para ver si concertándose con ellos podia recobrar sus tierras con menos ruido, y evitar que quedasen despues confederados en Italia tres príncipes tan poderosos y temibles. Las diferencias entre el emperador Maximiliano y Fernando el Católico sobre el gobierno de Castilla quedaban aplazadas para despues de terminado el repartimiento de Venecia. Para que todo fuese odioso y mercantil en este negocio, los reyes de Francia y España por atraer á la liga á los florentinos sacrificaron vilmente la ciudad y comun de Pisa, vendiéndola á Florencia por cien mil ducados despues de haberla tomado bajo su proteccion. Este innoble tráfico hecho con la libertad é independencia de un Estado amigo, será siempre un borron para aquellos dos monarcas, y mas aun para el Rey Católico, bajo cuyo amparo había puesto el Gran Capitan aquella señoría (4). Otra prueba de la poca sinceridad de los confederados entre sí fué otra liga muy secreta que se hizo entre el papa y los reyes de España y Francia contra el emperador, para el caso en que recobradas las tierras del imperio quisiese emprender algo, como sospechaban, contra alguno de ellos.

Tal fué la famosa liga de Cambray, uno de los tratados mas impolíticos y mas injustos que se han celebrado entre naciones, si bien esta misma injusticia parecia permitida por la Providencia para hacer expiar á la república veneciana su política interesada, codiciosa y mercantil, á que debía el en-

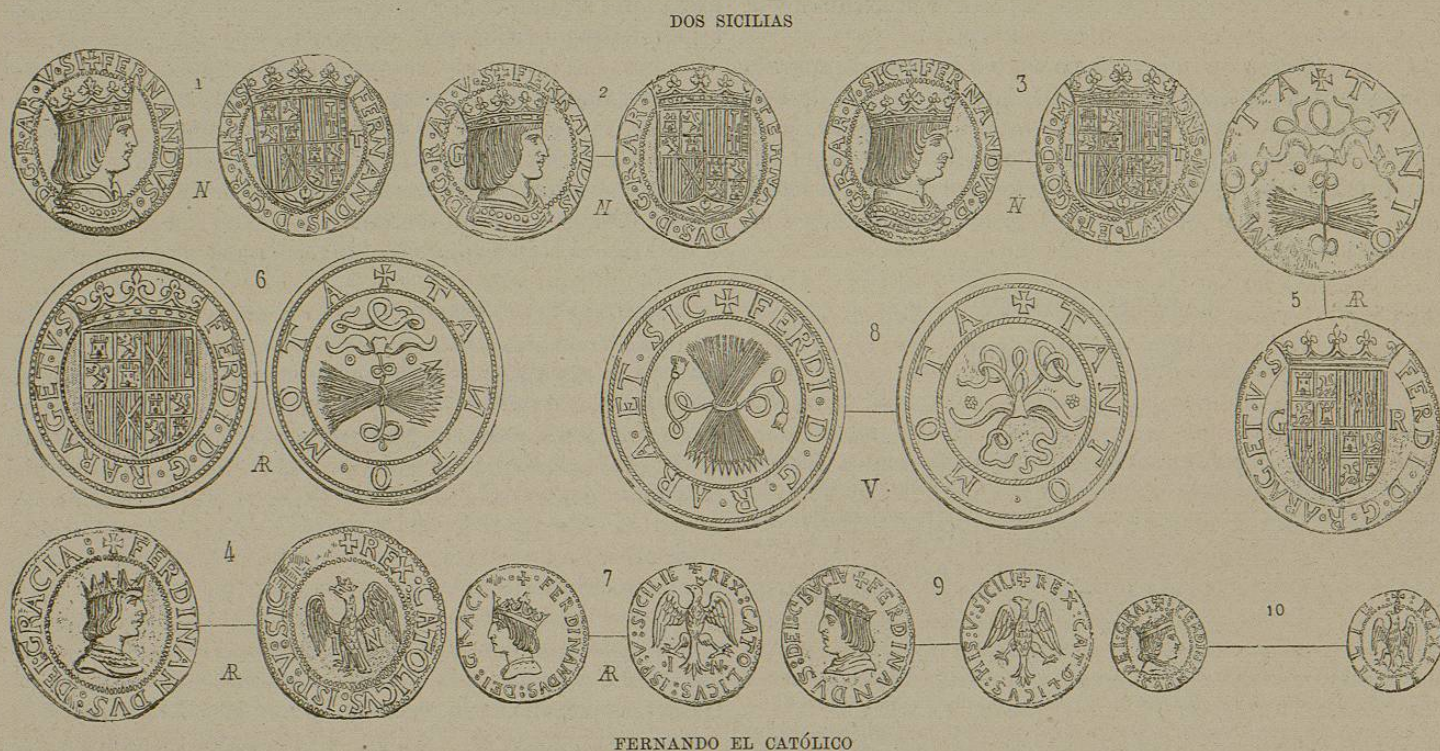
(4) Ammirato, *Istorie Fiorentine*, t. III, lib. 28.—Guicciardini, *Istor. lib. VIII*.—Du Bos, *Ligue de Cambray*, tom. I.—Zurita, que defiende siempre cuanto puede los actos del Rey Católico, en esta ocasion no puede menos de decir: «Fué esta plática muy deshonesta y de gran infamia á estos príncipes, porque por este camino tan vergonzoso é indigno de quien ellos eran, y de su majestad y grandeza, vendieron la libertad de aquella señoría en tan vil precio, habiendo hecho confianza dellos.» Y mas abajo: «Fué este trato de mayor nota á la persona del Rey Católico, porque tenía en su proteccion aquella ciudad.» Rey don Hernando, l. VIII, capítulo 28.

grandecimiento y riqueza que excitaba la envidia y la codicia de las demás naciones.

En su virtud cada confederado tomó sus disposiciones para la invasión y la guerra proyectada y convenida, y el de España procuró justificar su derecho á las ciudades que iba á recobrar, alegando que los venecianos por su parte no habían cumplido los pactos, y que mayor suma que la empeñada por la posesión de aquellas ciudades había gastado él en recuperar de los turcos para Venecia la isla de Cefalonia. Apercebidos ya todos, rompieron los primeros la guerra el papa Julio II y el rey de Francia Luis XII. Este monarca, ansioso de indemnizarse en Italia de la pérdida de Nápoles, cruzó los Alpes á la cabeza de un numeroso ejército (abril, 1509), con la ira de un soberano que fuera á castigar vasallos rebeldes. Venecidos en Agnadel los venecianos con grande estrago, y hechos prisioneros sus principales caudillos, en breves días ganó el francés á Crema, Cremona, Bérgamo y Brescia, que era lo

que se le había señalado en la liga ó convenio. Quebrantado con esto el poder de Venecia, el papa recobró también fácilmente lo suyo: y aunque las tropas españolas de Nápoles, reunidas por el virey conde de Ribagorza, difirieron algun tanto por falta de concierto entre los jefes sus operaciones, las ciudades de la Pulla asignadas al Rey Católico se rindieron igualmente y entregaron al dominio y señorío de España. Faltaba solo el emperador, que habiéndose mostrado el mas fogoso é impaciente de los aliados, observaba ahora una inacción extraña, de que los venecianos en su extremidad y angustia procuraban prevalerse, haciéndole proposiciones y aun enviándole cartas en blanco para ver de comprometerle á que los sacase de aquel conflicto contra tan universal conjuración.

Poco amigos entre sí los confederados y con poca sinceridad unidos, era natural que se desaviniesen tan pronto como se apoderaran de la presa, y así aconteció. El de Francia fué el primero que, envanecido con sus fáciles triunfos y procedien-



do mas allá de lo que le correspondía, después de recuperadas las ciudades que le pertenecían por el Estado de Milan, excitó los celos de los otros príncipes, y señaladamente del papa, en cuyo corazón renacieron los antiguos odios y antipatías á los franceses, aumentados con el temor, no solo de que el francés aspirase á hacerse señor de toda Italia, si no era prontamente atajado, sino de que pretendía hacer pontífice al cardenal de Rouan, deponiéndole á él de la silla. Con este motivo promovió el papa una nueva liga con el emperador y el Rey Católico contra el francés, á fin de arrojar de Italia á los de aquella nación.

No es posible detenerse en una historia general á presentar las varias y diferentes fases que tomaron los muchos proyectos de alianzas, tratos y convenios que formaban entre sí los confederados de la liga de Cambray y la república misma que habían tratado de repartirse, obrando cada cual por sus particulares miras é impulsados por opuestos intereses. El político Fernando no se descuidaba en sacar partido de estas combinaciones. La situación adversa en que pusieron al emperador el rey de Francia por una parte y los venecianos por otra, le sirvió para hacerle venir al arreglo de sus antiguas diferencias sobre el gobierno de Castilla. Después de muchas peticiones y réplicas por una y otra parte, concertáronse al fin en que el rey tendría la gobernación y administración del reino hasta que el príncipe Carlos su nieto cumplierse los veinte años; que este sería jurado otra vez heredero; que entre tanto se le pasarían cada año treinta mil ducados puestos en Flandes; que al emperador se le darían cincuenta mil escudos de oro de los que al rey tenían que pagar los florentinos, y una ayuda de trescientos hombres de armas por cuatro ó cin-

co meses para la guerra contra los venecianos; y que cuando el príncipe quisiese venir á España enviaría el rey una armada á Flandes para traerle, y en la misma se llevaría al infante don Fernando su hermano para que residiese allí. Esta concordia fué confirmada después en Blois con autoridad del rey de Francia (diciembre, 1509). Favorecía al convenio la circunstancia de hallarse el Rey Católico sin hijos de su segundo matrimonio, pues el príncipe don Juan, que había nacido en mayo de este año, había muerto á las pocas horas (1).

Grandemente explotaba Fernando las enemistades suscitadas entre los confederados de Cambray, y con su diestra y astuta política parecía que en aquel complicado juego era el que tenía en su mano la baraja y poseía el arte de echar para sí las mejores suertes. Las pretensiones del francés sobre los Estados de la Iglesia, y el aborrecimiento que el papa tomó á aquel monarca, fueron causa de que el pontífice buscara su apoyo y amparo en el Rey Católico, y Fernando se prevallió muy bien de esta necesidad para conseguir del pontífice, no solo la investidura del reino de Nápoles que había esquivado hasta entonces darle, sino tambien que le relevara del censo que como feudatario estaba obligado á pagar á la Santa Sede (2). Y no hizo esto solo el pontífice en favor del Rey

(1) Zurita, Rey don Hernando, lib. VIII, c. 38 á 47.—En este año se verificó el matrimonio del rey de Inglaterra con la infanta doña Catalina de Castilla.

(2) Mártir, epist. 441.—Giovio, Vitæ Illustr. Viror.—Zurita, Rey don Hernando, lib. IX, c. 11.—Lo único á que en la relajación del censo no renunció el papa fué á la presentación que el rey había de hacer cada año de un palafren blanco en reconocimiento del dominio, y á que le asistiera

Católico, sino que en odio al de Francia le declaró libre de la concordia que había hecho con el francés sobre la partición y sucesión de aquel reino y su reversion á la corona de Francia en el caso de morir sin hijos de la reina Germana de Foix, relevándole del juramento, restituyendo el reino en el estado que tenía antes de la partición, y declarando que debían suceder en el de Nápoles los herederos y sucesores del de Aragón por línea recta, así varones como hembras, que fué deshacer el grande error de Fernando y su compromiso contraído en el fatal tratado de 1505.

En esta coyuntura, y cuando así se iban convirtiendo en provecho suyo las complicaciones en que andaban envueltos los soberanos de aquella malhadada liga, expúsose el monarca español por su voluntad á un gravísimo conflicto en su propio Estado de Nápoles, ocasionado por el empeño de establecer en aquel reino la Inquisición de la misma manera que lo estaba en España. Opúsose el pueblo tenazmente á la admisión del Santo Oficio, y cuando se recibieron los despachos del rey para la creación del tribunal, movióse grande alboroto, la muchedumbre corría furiosa las calles gritando: «¡Viva el rey, y mueran los malos consejeros!» Atentaron los amotinados á la vida del inquisidor Andrés Palacio y de sus oficiales, y amenazaban hacer pedazos al almirante que le había recogido en su casa (1510). No era solo en la capital donde dominaba este espíritu; era general en todo el reino el odio y la resistencia á la Inquisición; en esto se hallaban acordes napolitanos, angevinos y españoles, y todos protestaban conformes y unánimes que antes arrostrarían cuantos peligros y daños les viniesen, inclusa la muerte, que consentir que se pusiese el terrible tribunal en el reino (1). El virey y el almirante vieron de tal modo pronunciada la opinión general, y los ánimos tan acalorados y resueltos, que tuvieron por seguro que el insistir en aquella demanda era poner el reino en peligro hasta darse á los enemigos de la dominación española, y ya muchos barones y principales personajes de todos los partidos se andaban confederando so pretexto de rechazar la Inquisición, é induciendo á las ciudades y pueblos á novedades y alteraciones, en cualquier ocasion muy peligrosas, pero entonces mas, atendido el estado en que toda la Italia se encontraba. En su vista el virey, que lo era en aquella sazón don Ramon de Cardona, y todos los del consejo, acordaron que sería una temeridad insistir en aquel negocio, y publicaron dos edictos, anunciando que el rey en obsequio á la tranquilidad del reino y penetrado del celo de los napolitanos por la fe católica, había ordenado que no se pusiese el Santo Oficio, y mandado solamente que los judíos y conversos de la Pulla saliesen del reino; pero estos por temor de la Inquisición se habían anticipado ya á salir, marchándose á Turquía y á las tierras de Venecia. Con esto se apaciguó aquella alteración, y volvió el sosiego á la ciudad y reino de Nápoles.

Sostenía ya entonces el papa Julio II guerra abierta y encarnizada con los franceses, cuya expulsión de Italia había jurado so pena de morir en la demanda, si bien esto había producido un cisma lamentable en la Iglesia, convocando el rey de Francia un concilio en Pisa contra el pontífice, y congregando el papa otro concilio general en San Juan de Letran contra los cismáticos. En tal situación, y á instancias del papa, que siempre había fiado en el auxilio del Rey Católico, se concluyó en 4 de octubre de 1511 una alianza entre la Santa Sede, el monarca español y la república de Venecia, que por su objeto se llamó la *Santísima Liga*, puesto que se encami-

con trescientas lanzas siempre que fuesen invadidos los Estados de la Iglesia.

(1) El cronista aragonés Jerónimo de Zurita, que tuvo motivos para ser adicto á la Inquisición, y no oculta su afición al tribunal, dice así, hablando de la resistencia que encontró en Nápoles: «No era la ciudad de Nápoles sola la que estaba desta opinión; pero todo el reino concurría con gran conformidad de querer que pasasen todos primero por el último peligro, que permitir que se admitiese la Inquisición, y para aquello estaban muy concordados y unidos, y hablaban muy atrevidamente, no solo los naturales, pero los españoles, y todos de una manera los que se llamaban Anjonyos y Aragoneses, y generalmente todo el Reyno, publicando que antes sufrirían qualquier suplicio y daño, ó graveza, que dar lugar que la Inquisición se pusiese.» Rey don Hernando, lib. IX, c. 25.

naba á restituir á la Iglesia el condado de Bolonia y demás tierras de que el francés se había apoderado, y á acabar con el cisma y dar libertad y unidad á la Iglesia y silla romana. Para esto el rey don Fernando había procurado ponerse bien con el emperador, y aliarse con el rey de Inglaterra su yerno; y como ya en este tiempo se había suspendido la empresa de Africa, se hallaba desembarazado por aquella parte, y aun se encontraba ya en Italia con su flota el conde Pedro Navarro. El monarca español se obligó á contribuir para esta liga con mil doscientos hombres de armas, mil caballos ligeros y diez mil soldados, pero el general en jefe de los ejércitos de las tres naciones coligadas había de ser el virey de Nápoles don Ramon de Cardona, á quien el rey amaba como á hijo, y aun por tal pasaba en la opinión de muchos (2).

El rey de Francia por su parte puso en campaña un ejército aun mas numeroso que el de los aliados, y le dió por general en jefe á su sobrino el duque de Nemours, Gaston de Foix, hermano de la reina doña Germana de Aragón; jóven de solos veintidós años, pero de tan precoz inteligencia y de tan aventajados talentos militares, que en su edad era ya reputado por el mejor y mas intrépido y entendido general de la Francia.

Don Ramon de Cardona pasó con el ejército de la liga á ponerse sobre Bolonia, de que estaban apoderados los franceses, y cuando ya tenía sitiada y en bastante aprieto aquella ciudad pontificia, presentóse el jóven duque de Nemours con su ejército y obligó á los aliados, que no contaban con tan buen general, á levantar el cerco (febrero, 1512). Esta victoria, y la que de allí á pocos días alcanzaron los franceses sobre las tropas venecianas en Brescia, cuya ciudad tomaron por asalto, levantaron á grande altura la reputación del duque de Nemours como valeroso y excelente general, y llamábanle ya «el rayo de Italia.» Sabedor de estos sucesos el Rey Católico, previno á su general que procurara solo entretener á tan orgulloso enemigo, evitando cuanto pudiese venir con él á batalla, y no aceptándola sino muy forzado. Pero Cardona lo hizo tan al revés, que sabiendo que los franceses se habían bajado sobre Rávena, abandonó su fuerte y ventajosa posición del castillo de San Pedro y se fué buscarlos.

Funesta fué á la causa de la liga la desobediencia del general español al prudente consejo de su monarca. La batalla que se dió á la vista de los muros de Rávena fué la mas sangrienta que hacia un siglo había enrojecido los hermosos campos italianos. Era el primer día de la pascua de Resurrección (1512), cuando se oyeron retumbar los cañones de uno y otro campo; la artillería de los enemigos hizo gran destrozo en la hermosa infantería española capitaneada por el conde Pedro Navarro, que imprudentemente la expuso á los tiros de las baterías francesas: mas luego la condujo contra los lansquenets alemanes armados de largas picas, y arremetiéndoles los españoles con sus espadas cortas tan de cerca que les impedían el uso de sus incómodas armas, los arrollaron y deshicieron, acreditando mas que nunca la superioridad de la infantería española. Pero no ayudada por la gente de á caballo, y cargando sobre ella toda la gendarmería francesa, capitaneada por aquel Ivo de Alegre, tan famoso ya en otro tiempo en las guerras con el Gran Capitan, obligaron á los aliados á recogerse con gran pérdida, bien que costara tambien la vida al caudillo Alegre, como antes habían perecido Zamudio y otros valerosos capitanes españoles. Repusieronse estos un tanto y arremetieron con tal furia, que llegó á estar otra vez dudosa la batalla, cuando se presentó el jóven duque de Nemours, y combatiendo como el mas brioso soldado en lo mas recio de la pelea, decidió la victoria en favor de los franceses, bien que la compró con su propia vida: un soldado español le derribó del caballo y le atravesó con su espada, sin que le hubiera servido exclamar: *Soy Gaston de Foix, hermano de la reina de Aragón*. Pero ya entonces habían muerto los mejores capitanes españoles, otros habían sido hechos prisioneros, y el ejército aliado se retiró deshecho y cansado de pelear (3).

(2) Bembo, Istoria Veniziana, t. II, lib. 12.—Guicciardini, Ist. I. VIII. Machiavelli, Opere.—Zurita, Rey don Hernando, lib. IX, c. 38.

(3) Afírmase que entre la gente de uno y otro campo murieron hasta

La derrota de Rávena aterró y desconcertó á los de la liga, y mas á los venecianos, que se tuvieron por perdidos, juzgando ya á los franceses dueños de toda Italia; pero reanimáronlos las exhortaciones del embajador español conde de Cariati. El papa Julio II llegó á vacilar también; y el Rey Católico creyó necesario enviar por capitán general de la liga al Gran Capitán Gonzalo de Córdoba, y así se lo escribió al papa, sabiendo cuánto se había de animar y alegrar el pontífice, que en mas de una ocasión había querido nombrar general de las tropas de la Iglesia al duque de Terranova, persuadido de que con él no solo recobraría á Ferrara, sino que podría hacerse señor de toda Italia. Mas no tardó Fernando en arrepentirse de aquel buen pensamiento, pues tan luego como vió el diferente rumbo que llevaban las cosas de Italia y la decadencia inopinada del poder (de los franceses, buscó excusas para mandar suspender la ida del Gran Capitán, y le ordenó que no se moviese de España, con gran sentimiento de aquel insigne caudillo, y con escándalo general y no poca murmuración de la ingratitud é injusticia del rey hacia el mas esclarecido de sus servidores.

La victoria de Rávena, que parecía deber afianzar la prepotencia francesa en Italia, fué, por el contrario, de peores consecuencias para los de aquella nación que para los vencidos aliados. La muerte de su general produjo rivalidades y discordias entre los capitanes y caudillos, insubordinación é indisciplina entre los soldados. Por otra parte el Rey Católico consiguió en aquella ocasión dos cosas por las que había estado trabajando mucho tiempo hacia, á saber, que el rey de Inglaterra su yerno entrara abiertamente en la liga, y que el emperador hiciera treguas con Venecia. Esto facilitó el paso de un ejército suizo en favor de la confederación, compuesto de unos veinticuatro mil hombres, con diez y ocho piezas de artillería. Perseguidos vigorosamente los franceses por los suizos, y abandonados por los tudescos, que se negaron á seguir sirviendo en sus filas por la seguridad que se les dió de que el emperador se declaraba contra la Francia, no solo perdieron lo que habían conquistado, sino también las ciudades de Lombardia, siendo arrojados de unas y rebelándose otras. En tal estado intentó Luis XII introducir la discordia entre los aliados procurando indisponer al Rey Católico con el emperador. Mas deshecha esta intriga por Fernando, volvió el francés su pensamiento á Navarra, donde sostenía el Rey Católico la guerra de que hablaremos despues.

Desde que el papa Julio vió el poder de los franceses decaído en Italia y dejó de temerlos, comenzó á dar diverso rumbo á su política y á pensar en confederarse con los otros Estados para arrojar de allí á su vez á los españoles; pues la condición de aquel pontífice, como dice un historiador aragonés, « era tal que con la necesidad quería y suspiraba por el amparo del Rey Católico, y quando estaba fuera della y se veía con alguna prosperidad, tornaba á su natural condición, que era no reconocer obligación de los beneficios recibidos, y pagar con ingratitud (1).» Al efecto no había medio que no empleara: negaba las pagas á los soldados y hacia que los venecianos las negasen también; indisponía á los suizos con los españoles; trataba de estorbar la ida del virey de Nápoles don Ramon de Cardona con el ejército aliado á Lombardia y detenerle en la empresa de Milan; publicaba que quería hacer la guerra contra el turco, para excusar que el rey de Aragon tuviese ejército en Italia; andaba para todo esto en tratos con los venecianos, y aun con el mismo rey de Francia, y confiando en Vene-

diez y ocho mil, entre ellos los caballeros y capitanes mas ilustres de Francia, Italia y España. Los mas notables españoles que murieron en la batalla de Rávena fueron, el valiente Zamudio, don Juan de Acuña, Jerónimo Loriz, Pedro de Paz, Diego de Quiñones, Jerónimo de Pomar, y casi todos los de infantería. Quedaron prisioneros el cardenal de Médicis, Fabricio Colona, el marqués de Pescara, el conde Pedro Navarro, que había sido herido, el conde de Monteleon, Fernando de Alarcon, los marqueses de Bitonto y de Atella, con otros muchos ilustres y muy señalados caballeros.—Guicciardini, Istoria, lib. X.—Benbo, Istoria Veniziana, tomo II, lib. 12.—Du Bellay, Memoires.—Brantome, Vies des Homm. Illustr. disc. 6.—Bernaldez, Reyes Católicos, c. 231-233.—Zurita, Rey don Hernando, lib. IX, c. 41.

(1) Zurita, Rey don Hernando, lib. X, c. 46.

cia y en los suizos, proponíase hacer con el rey de España y con el emperador lo mismo que había hecho con el de Francia, diciendo con cierto donaire: « Buena ganancia fuera la mía con sacar de Italia á los franceses, insolentes y de mal gobierno, pero ricos, y de tal condición que no se podían conservar mucho en un Estado, si en su lugar hubiese de hacer señores á los españoles, soberbios, pobres y valerosos!»

Con estas disposiciones, y habiendo reemplazado en su ánimo el odio á Fernando y los españoles al que antes tenía á Luis y los franceses, todo eran planes y proyectos contra el rey y la nación española, entre ellos el de concertar al emperador con el rey de Francia contra el de España, hasta abrigar el pensamiento de hacer al emperador rey de Nápoles, con la esperanza de arrojar despues de Italia á los alemanes con mas facilidad que podía hacerlo con los españoles. Conocía el monarca español estos y otros manejos del inquieto y revolver Julio II, y aunque procuraba hacer rostro á todas las complicaciones que aquella conducta producía dentro y fuera de Italia, comprendía también que no podía haber paz y sosiego en la cristiandad, mientras el jefe visible de la Iglesia fuese el que todo lo alteraba y conmovía. En esta situación, en guerra por una parte el rey Fernando con Francia y con Navarra, envuelto por otra su virey de Nápoles en las que allá en Italia traían entre sí el papa, el emperador, la república de Venecia, los duques de Milan, de Parma y de Ferrara, y en turbación y desasosiego todo, falleció el papa Julio II (20 de febrero, 1513), y le reemplazó en la silla pontificia el cardenal Juan de Médicis, que tomó el nombre de Leon X.

Desde entonces, y sin que por eso se aquietaran las agitaciones que entre todos los Estados europeos había dejado sembradas la fatal liga de Cambray, tomaron las cosas nuevo giro. Venecia, no pudiendo concertarse con el emperador, por mas que en este sentido había trabajado siempre el Rey Católico, se echó en brazos de la Francia, y ajustó un tratado de confederación con el rey Luis (23 de marzo, 1513): lo cual produjo la necesidad de nuevas combinaciones. Fernando el Católico creyó entonces conveniente hacer tregua con el francés, y así se pactó (1.º de abril), con gran disgusto del emperador, el cual en su enojo propalaba que el intento del rey era librar de la guerra á España y que cargase toda sobre Italia, y que á trueque de entorpecer la venida del príncipe Carlos á Castilla, se concertaría el rey su abuelo no solo con Francia sino con el infierno mismo. En efecto, la guerra ardió furiosa en Italia, principalmente en el desgraciado país de Lombardia, donde se hallaban tropas francesas, tudescas, venecianas, florentinas, pontificias, suizas y españolas. Dióse pues una reñida y terrible batalla (6 de junio, 1513) cerca de Novara entre franceses y suizos, en la cual aquellos sufrieron una derrota sangrienta. De sus resultados hubieran tal vez los suizos atravesado la Francia sin oposicion hasta Paris, si por la parte de Borgoña no hubieran sido detenidos y rotos por el señor de Tremouille. Esta fué la salvación de la Francia, y esto produjo un tratado entre suizos y franceses, en que se declaró que el rey de Francia renunciaria al concilio de Pisa, no se entrometería mas en los Estados de la Iglesia, no se apartaría de la obediencia á la silla apostólica, y retiraría las guarniciones de Cremona y de Milan.

Los españoles eran los que habían quedado campeando en Lombardia; y el virey Cardona atravesó sin resistencia el Milanesado, devastó las tierras de Venecia, llegó á vista de la reina del Adriático, y bombardeó la ciudad. Irritó esto á los venecianos, exasperó al famoso y aguerrido Bartolomé de Albiano su general, en otro tiempo compañero de triunfos de Gonzalo de Córdoba, y se puso en armas todo el país contra los españoles. En su virtud acordaron el virey Cardona y el marqués de Pescara, jefes del ejército aliado, tomar el camino de Viena, llevando consigo mas de quinientos carros cargados con los despojos de su correría por las tierras venecianas. Seguíalos Albiano, y parecíale ir tan seguro de la victoria, que mandó pregonar y ordenó á sus soldados que no dejasen un alemán ni un español á vida. Pero se dió la batalla á dos millas de Viena (7 de octubre, 1513), y á pesar de la confianza y de la bravura del general enemigo, fué tal el arrojío, el valor y la disciplina de la infantería española, que las

armas del Rey Católico ganaron en los campos vicentinos uno de los mas completos, señalados y decisivos triunfos que se vieron en aquellos tiempos en las regiones de Italia. Quedaron en poder de los españoles veintidos piezas de artillería, todas las banderas y estandartes y todas las acémilas, con multitud de prisioneros. Murieron sobre cinco mil venecianos, entre ellos casi todos los capitanes, pudiendo decirse que solo se salvaron Albiano y Gritti, huyendo el uno á Padua y el otro á Treviso (1).

Pareció esto un castigo de aquella república, que estando en liga con España é Inglaterra fué á aliarse con el mayor enemigo que había tenido. El papa Leon X, viendo á Venecia tan en peligro, envió á requerir amistosamente al virey de Nápoles que sobreseyese en aquella guerra, de la cual no podía resultar beneficio á la cristiandad. Conveniale ya también al emperador, una vez que poseía los lugares que le habían sido aplicados en la liga de Cambray. Y como desde el triunfo de los españoles en Viena fueron mas combatidos los franceses, tuvieron estos al fin que entregar el castillo de Milan (noviembre, 1513) juntamente con la ciudad de Cremona, y abandonar al fin la Lombardia y toda la Italia.

Tal fué el remate que por entonces tuvieron las largas y complicadas contiendas, negociaciones, alianzas, tratados y guerras, en que se envolvieron casi todas las naciones de Europa, á consecuencia, primero de la liga de Cambray, y despues de la Santa Liga. En ellas perdió mucho Venecia, Luis XII sacó por todo fruto el ver sus franceses lanzados de Italia, ganaron poco los demás Estados, y solo la España, merced á la gran política del Rey Católico, sostuvo su influencia y la alta reputación de que ya gozaban las armas españolas.

CAPÍTULO XXVI

Conquista de Navarra

DE 1512 Á 1515

Situación especial de este reino.—Los reyes doña Catalina y don Juan.—Pretendientes á la corona.—Encontrados intereses y fines de Francia y España respecto á Navarra.—Conducta de sus reyes.—Bula del papa excomulgándolos y privándolos del reino, y por qué.—Proposiciones y requerimientos del Rey Católico.—Situación comprometida de los navarros.—Decláranse por el francés.—Los ingleses en España y con qué objeto: proceder extraño del general inglés.—Resuelve el Rey Católico invadir la Navarra.—El duque de Alba se apodera de Pamplona.—Fuga del rey don Juan á Francia.—Sométese casi todo el reino al aragonés.—Traspone el duque de Alba el Pirineo.—Reembárcanse los ingleses sin haber hecho nada.—Invasión de franceses en Navarra.—Retíranse sin lograr su objeto.—Tregua entre Luis XII y el Rey Católico.—Asegura Fernando la conquista de Navarra.—Incorpora este reino á la corona de Castilla.—Sobre la injusticia ó legitimidad de esta conquista.

Desde que se formaron los dos grandes reinos de Castilla y Aragon, y mucho mas desde que las dos monarquías se reunieron bajo un mismo cetro, era de suponer y esperar que el pequeño reino de Navarra, colocado en medio de dos Estados tan poderosos, como eran la Francia y la doble monarquía de Castilla y Aragon, concluyera por ser absorbido por uno de ellos. Y aun era de maravillar que cuando todo marchaba con cierta rapidez hacia la unidad material y política á que era llamada la España por sus naturales límites geográficos, conservara el reino navarro tanto tiempo su independencia en medio de la lánguida existencia que iba arrastrando, codiciado por dos tan formidables vecinos, y combatido y destrozado siempre interiormente por los encarnizados partidos de los agramonteses y biamonteses, que accidentalmente alguna vez sosegados, volvían á cada paso á renacer con nueva furia.

Sin embargo, lejos de atentar los Reyes Católicos Fernando é Isabel á la independencia del reino de Navarra, hemos visto ya en otros capítulos de nuestra historia los diversos enlaces que se proyectaron entre los príncipes de Navarra y de Casti-

(1) Guicciardini, Istoria, lib. XI.—Daru, Hist. de Venise, tom. III.—Carta del Rey Católico al arzobispo Deza, en Bernaldez, c. 242.—Mártir, epist. 523.—Zurita, Rey don Hernando, lib. X, desde el cap. 44 al 78.

lla. El mismo Fernando despues de la muerte de Isabel había protegido á los reyes doña Catalina y don Juan de Albret (ó de Labrit, como dicen nuestros antiguos historiadores) contra las pretensiones de Juan de Foix, señor de Narbona, tío de la reina doña Catalina, á la corona de Navarra, alegando en su favor la ley sálica, y no queriendo reconocer el derecho de las hembras á suceder en aquel trono. Fernando no había sostenido aun contra los intereses de Luis XII de Francia. Verdad es que por otra parte había favorecido siempre á los disidentes y revoltosos condes de Lerin, condestables de Navarra, cuñado el uno y sobrino el otro del Rey Católico, que de continuo estaban en guerra con sus reyes, y apoderados de algunos estados y fortalezas de aquel reino. También lo es que no se mostró muy escrupuloso Fernando en los medios que aconsejó á su sobrino el de Lerin para posesionarse de lo que pretendía (2).

Pero aun así se iba sosteniendo aquel reino, cuyo interés estaba entonces en acogerse al amparo del Rey Católico para frustrar las pretensiones de Gaston de Foix, aquel joven general francés que fué á Italia contra los de la Santísima Liga y salvó á Bolonia del cerco que le tenían puesto los aliados. Gaston de Foix, hermano de la reina Germana de Aragon, y sobrino de Luis XII de Francia, era hijo del vizconde Juan de Narbona, y aspiraba al trono de Navarra, fundado en el derecho de su difunto padre. Fernando el Católico también tenía interés en que el reino navarro no se incorporase á la Francia, ni le poseyera ninguno de sus príncipes, y mas desde que se había roto la amistad entre ambas naciones á causa de la nueva liga entre el papa, España y Venecia contra los franceses. Mas los reyes de Navarra, bien porque temieran mas al de Aragon, bien por antiguas afecciones al francés, cometieron la indiscreción de inclinarse al lado y en favor de Luis XII de Francia, precisamente en la ocasión mas inoportuna, cuando la Francia tenía que luchar sola contra las potencias de la Santísima Liga, cuando los franceses eran tratados por la Santa Sede como cismáticos, como enemigos de la Iglesia romana, y como promovedores del conciliábulo de Pisa, y cuando Enrique VIII de Inglaterra, yerno y aliado de don Fernando de Aragon, acababa de entrar en la liga y amenazaba invadir la Francia por la Guiena. Y de tal manera se adhirieron, ó se les creyó adheridos á la causa de los franceses, que el papa Julio II, no pudiendo conseguir que abandonaran á los que entonces se llamaban cismáticos y enemigos de la Iglesia, procedió á tratar como tales á los reyes de Navarra, pronunciando sentencia de excomunion contra ellos, poniendo entredicho en las ciudades y villas de su reino, y haciendo uso de las facultades que otros pontífices de los tiempos pasados se habían atribuido, los declaró privados y depuestos del reino, relevó á sus súbditos del juramento de fidelidad, y concedió sus tierras y señoríos al primero que los ocupase y tomase en justa guerra (3).

(2) «E que si pudiese tomar alguna cosa buena por trato ó por furto que la tome, y que los de Su Alteza se la ayuden á defender despues:» decía una instrucción del secretario Almazan que acompañaba á una carta del rey al conde de Lerin, fecha 23 de julio de 1509. Archivo del reino de Navarra.

(3) Los historiadores navarros, ó han negado la existencia de esta bula, ó por lo menos han pugnado por suscitar dudas acerca de su autenticidad, haciendo esfuerzos por salvar á sus reyes de esta nota. Mas estas dudas han debido desaparecer desde que se halló la bula original en el archivo general de la antigua corona de Aragon, y mas desde que la publicó el señor Ortiz y Sanz por apéndice al tom. IX de la Historia de Mariana, edicion de Valencia. La bula empieza: *Exigit contumacium obstinata protervitas...* y su fecha es de 18 de febrero de 1512. En ella habla el pontífice de los reyes de Navarra como de monarcas ya depuestos. *Et licet perditionis filii* (dice) *Joannes, olim Rex, et Catherina, olim Regina Navarra...*

La observación que hace el moderno historiador de Navarra, don José Yanguas, de que en 21 de junio siguiente estaban en buena armonía el papa y los reyes de Navarra, fundado en otra bula que existe en el archivo episcopal de Tudela, en la cual dice al nombrar á dichos monarcas: *Charissimus in Christo Filius noster Joannes Rex, et charissima in Christo filia nostra Catharina Regina Navarra illustres...* no deja de ser grande. Mas para su solución debe tenerse presente que á esta última fecha el papa Julio había convertido ya contra el Rey Católico de España el odio que antes había tenido á Luis XII de Francia y á sus auxiliares, y que pre-